

CRONICA INTERNACIONAL

AUNQUE cuando esta crónica se lea la impresión de los acontecimientos iniciados en Corea domine a toda otra, no merecen ser olvidados los hechos más oscurecidos o alejados que precedieron y acompañaron al conflicto. No quisiéramos exagerar atribuyendo una conexión directa a la invasión bolchevique del sur coreano con las agitaciones en el Caribe, Túnez o el Rand, pero la verdad es que la inquietud del mundo colonial en los actuales momentos obedece a causas cuyos hilos se entrecruzan más o menos visiblemente. Se ha acometido con demasiado ímpetu contra el viejo orden sin tener preparada la sustitución, y la conclusión lógica suele ser, como siempre, más útil para los irresponsables y sus manejados que para los desbordados por los acontecimientos a que contribuyeron sin un propósito consciente.

Empezaremos por el agitado Oriente. En el Próximo continuó la desorientación de los Estados árabes y sus discordias de las que el sionismo siguió sacando partido. Así los gobiernos jordano y egipcio de Nahas Bacha polemizaban dentro y fuera de la Liga, que sin expulsar al primer país lo condenó moralmente restando valor inicial al flamante Pacto de Seguridad. Aunque Israel ha dejado entrar silenciosamente a varios grupos de pastores y cultivadores árabes —que le hacen seria falta, casi tanta como los 1.000 millones pedidos a los Estados Unidos— en las regiones de Gaza y de las Colinas, el armisticio sigue siendo rico en incidentes —con egipcios, sirios y libaneses—, sin avanzarse un paso hacia la paz. Hasta el extremo de que la U. N. S. C. O. P. ha confesado su fracaso, conciliada con la devolución del «problema de Jerusalén» por el Consejo Tutelar a la Asamblea, después que la abstención de las partes hizo imposible el proyecto Garreau. El *Knesset*, instalado ya en la parte nueva de Jerusalén, se desenvuelve como si su residencia fuera

inamovible. De ahí el desabrimiento con que Egipto y otros Estados árabes han contestado al Secretario general de la O. N. U., obligado por las circunstancias (*risum teneatis*) a actuar de recolector de ayudas contra la invasión bolchevique, y de ahí que Turquía solicite el puesto que Egipto va a dejar vacante en el Consejo de Seguridad exhibiendo su historial de cooperación con los Estados Unidos y demás países occidentales, mientras negocia con Irán un pacto común de defensa, que los demócratas en el poder en Ankara creen más útil que otro con Siria o Iraq.

Pero los Estados Unidos, que hasta la víspera del ataque comunista repetían que «la independencia nacional de los países coloniales es el mejor antídoto contra la agresión del imperialismo soviético», siguen creyendo en el poder mágico del dinero para arreglarlo todo. Ya la conferencia de diplomáticos americanos de El Cairo, que, presididos por Jefferson Caffrey, se reunió en la primavera, había recomendado —siguiendo las huellas de la de Estambul— un plan económico a base de atender a 750.000 refugiados árabes y de valorizar la economía sirio-palestina aprovechando los ríos Littani (Líbano), Orontes (Siria), Zarca y Kilt (Jordania) y el valle del Jordán (Plan Sondermilik-Hayes). Ahora los informes de la misión Jordán-Clapps (a la que se agregaron Labonne, Morton y Cemil) reiteraban una fórmula semejante para el apaciguamiento oriental. En la U. N. E. S. C. O., Paul Portet apoyó tales planes conciliatorios a base de la decisiva contribución estadounidense.

Otra conferencia diplomática norteamericana, presidida por el Secretario de Estado adjunto Mac Glee, se reunió en Lorenzo Marques. En esa zona no hay pueblos que *liberar*, puesto que los únicos capacitados —Sudáfrica y Sudrodesia— tienen ya escogido su camino; la conferencia se concentró sobre temas de fachada económica: comunicaciones y fomento colonizadorio, posible aplicación del Punto IV de la Doctrina Truman y «cooperación regional»; esto es, participación de los Estados Unidos al lado de las metrópolis y vecinos en el comercio del este africano.

Más al Norte, la Comisión Erling, de la O. N. U., para Eritrea, ha continuado sus andanzas sin llegar a conclusiones comunes. Tres ponencias ha presentado a la Organización. Una (Guatemala) propone la independencia del territorio bajo la supervisión de la O. N. U.; Otra (Holanda) la autonomía, admitiendo la federación con Etiopía,

que asumiría la representación externa y la defensa y que mantendría una divisa común. La tercera (mixta) pronunciándose por una independencia parcial —esto es, con cesiones al Sudán y al Negus—, deja entrever la conveniencia de continuar el *statu quo* como salida más practicable de momento, un momento indefinido. En realidad, los grupos políticos antagónicos continuarán en su actitud irreconciliable. Los *chiftistas* (de 250.000 a 400.000) dominan Hamasén y parte de Seraé y Aquelé-Gusai. Los independentistas (400.000 ligüistas musulmanes, 80.000 progresistas coptos, 125.000 de la Nueva Eritrea, 20.000 ex veteranos italo-eritreos y los dancalis) dominan el resto del país, cuya partición sería una mala, pero definitiva, solución. Un ejemplo o modelo tiene Eritrea: el flamante Estado libio, donde todo camina hacia la creación de un super-Tánger (o super-Shanghai), ahora que el desierto parece ser rico en petróleo. El Plan Pelts propone una Asamblea constituyente de los miembros (cinco por cada trozo), con lo que se reconoce la subsistencia de la división.

Con Libia linda Túnez, y el tranquilo país de los lotófagos se agita también, si no violentamente, al menos con bastante intensidad política. Ya no es sólo el Jefe neodesturista Burguiba quien recibe en Francia promesas y ayudas de los sectores avanzados. El Bey, repuesto de los primeros momentos de silencio ante la suerte de su predecesor, había ganado el ánimo del Residente, General Mons, para la presentación al *Quay d'Orsay* de un proyecto de «pacto», es decir, la modificación de las relaciones de «protectorado» pactadas en El Bardo y la Marsa, según el modelo indochino; pero la metrópoli consideró que Mons había ido muy lejos y le reemplazó por Périllier que inició su tarea prodigando las frases amables y prometedoras, pero no comprometedoras. Como es lógico, renació la vieja polémica sobre la cantera de extracción de los residentes (¿diplomáticos, prefectos o generales?) y sobre las conveniencias de su apoliticismo. A Mons se le acusaba de muy socialista. Entretanto, hay en la metrópoli dos acontecimientos de interés para el conjunto de la Unión Francesa: las crisis ministeriales estivales y las conferencias de Pau. En las primeras, el gobierno fugaz de Queuille, que confió la Cartera de Ultramar a Coste-Floret, creó un ministerio para el Extremo Oriente adjudicado a Paul Reynaud, que en el gobierno de Plevén fueron reemplazados por Mitterand (U. R. D. S.) y Letcom-

reau (M. R. P.). La conferencia de Pau discutió con las tres delegaciones indochinas los problemas comunes a los tres Estados asociados (aduanas, divisas, Banco, sanidad, comunicaciones), y a la Unión y los asociados (relaciones, defensa, institutos técnicos y servicios franceses). El problema vital de la guerra contra el Viet-Minh (donde Ho Chin-Minh fué sustituido por Moscú) estuvo presente en todo momento. En realidad, hasta el estallido de Ccrea la ayuda interamericana fué más o menos diferida, precisándose la visita de la misión Meisy a Hanoi para que se apreciara la gravedad de la situación. No era ésta excepcional dentro del sudeste asiático, pues si en Birmania la suerte de las armas favorecía al premier Takin-No, relegando los rebeldes a las montañas, en Malaca la cooperación militar australiano-británica no lograba reducir las partidas. En Filipinas, por cada «Universidad Stalin» que tomaba el gobierno los *huks* fundaban tres. De hecho, Luis Taruc —reaparecido tras dos años de silencio— imperaba en todo Luzón Central, llegando hasta La Laguna. Y en Indonesia, evacuadas las fuerzas holandesas de Van Vrenborg, los gubernamentales tenían que luchar a la vez con los separatistas de las Molucas del Sur y con los terroristas de Bantan y Sumatra, mientras Sokarno proclamaba la República unitaria y la absorción de los Estados. La inquietud seguía al Oeste por los choques fronterizos entre los pakistanos e irregulares que defendían parte de Cachemira y los hindúes, dueños del resto a pesar de la presencia del mediador de la O. N. U., Sir Owen Dixon, que declaró a la O. N. U. en septiembre el fracaso de la mediación. También Pakistán y Afganistán —cuyo soberano visitó La Meca— sufrieron incidentes análogos en la zona tribal del noroeste, bien que ello fuera poco al lado de la presión comunista sobre los puestos de la fronteras iraníana, acompañada de protestas por supuestas o reales concesiones petrolíferas a los americanos y por supuestas violaciones de su aire. El gobierno de Mohamed Sard, con una mano, prometía reformas descentralizadoras y sociales que reiteró Raznares, y, con la otra, rechazaba las protestas, respaldado por el Tío Sam. Incluso Turquía, ya bajo la administración demócrata de Celal Bayar, acusaba la inquietud de sus súbditos kurdos agitados por Comités independentistas residentes en el exterior.

En Africa, Egipto estrenó su nueva provincia de Fuadía, acompañada de un proyecto de desecación de lagunas y de oasis y de

aprovechamiento de terrenos vitales para un pueblo cuyos veinte millones crecen de prisa, mientras que sus 35.000 kilómetros útiles permanecen. Largas fueron sus negociaciones con Inglaterra para la revisión del Tratado de 1936. A sus reivindicaciones —evacuación total y retorno del Sudán— contestaba la escurridiza Albión que el Canal necesitaba más de un defensor y que el Sudán no podía ser entregado a nadie, sino seguir el destino que escogieran sus habitantes. En efecto, en el Sudán la Escuela de Administración abierta en 1948 ha preparado ya a varios nativos para mamurias y submamurias, y la Asamblea Legislativa funciona regularmente. Faltando «la igualdad de las partes» pedida por Nahas Bacha faltó el acuerdo.

Un hecho jurídico en su apariencia, pero político en sus consecuencias, agrió las relaciones entre el gobierno nacionalista de Pretoria, presidido por Malaan, y el coro democrático de la O. N. U., enemigo del nazismo sudafricano. El Tribunal Internacional de Justicia se pronunció por la subsistencia parcial de los deberes impuestos a los antiguos mandatarios de la Sociedad de Naciones respecto del territorio del sudoeste africano, pero referidos a la actual O. N. U., que será quien reciba los informes anuales y ejercite las amplias potestades de fiscalización del Capítulo XIII de la Carta de San Francisco, interpretado extensivamente por los cuatro elementos «avanzados» del Consejo de Tutelas. El hecho será largo en consecuencias y puede predecirse que ni mejorarán las relaciones entre la O. N. U. y los países representados en aquel Consejo, ni el gobierno de Pretoria dará marcha atrás en su política de *apartheid*, de las que las leyes sobre inmoralidad sexual (esto es, mestizaje), enseñanza y áreas urbanas (confinamientos) indígenas siguen provocando luchas.

En el hemisferio occidental el Presidente Truman, a la vez que preparaba la incorporación como Estado de la Unión de Alaska, abrumado por la oposición civil del nacionalismo portorriqueño, firmó la ley concediendo a la isla autonomía para fijar su régimen constitucional. Es indudable que, pese a ser inmensa mayoría las huestes de Albizu Campos, no triunfará su criterio de independencia total; el pecado de Puerto Rico es ser pequeña en un mundo democrático donde sólo los colosos cuentan. Quizá triunfe el criterio oportunista del gobernador Muñoz Marín, y, sin llegar a cambios radicales, introduzca un gobierno responsable ante un Parlamento puramente portorriqueño, reduciendo a casos mínimos la intromisión

de Washington en los asuntos locales. Otras viejas reclamaciones de países independientes sobre las dependencias europeas están en un período de calma —a causa de los problemas interiores de los reclamantes—, pero los rusos han avivado el pleito de la Antártida con sus campañas de reivindicaciones centradas en el sector sudamericano de Graham, donde convergen los títulos argentinos y chilenos con las proclamaciones de soberanía británica. Rusia ha seguido teniendo el privilegio de hacer de «enfant terrible», cuyas polifacéticas iniciativas no tenían contrapartida. Invisiblemente, es decir, por medio de la especial personalidad del Pandit Nehru, hizo fracasar el Pacto del Pacífico en la Conferencia de Baguio. Se apoderó del Tíbet y promovió escándalos en el Consejo Económico y Social de la O. N. U. Su primer contacto con una resistencia occidental se debió a la invasión bolchevique de la Corea del Sur, que determinó la orden de Truman de defensa neutralizadora de Formosa (cuyo futuro será determinado en una conferencia internacional después de la prueba, lo que supone la discusión de la anexión a China).

Y así termina esta crónica, sin presentar como acabado ninguno de los problemas que ha mencionado y que, generalmente, empezaron antes del período de tiempo a que refiere. Porque si la segunda postguerra del siglo ha empezado muchas tareas, ha concluido pocas. El mundo ultramarino tiene poco que agradecerle y mucho que reprocharle. Sólo que ahora parece que ha terminado su postguerra para iniciar una preguerra en la que todos, dominados y dominadores, occidentales y ultramarinos, van a perder bastante sin saber exactamente lo que ganarán. Entre los raros oasis de continuidad y firmeza que el mundo presenta, España continúa mejorando sus relaciones y contactos con los Estados orientales y africanos. Ahí está la recepción de los representantes de Egipto y Jordania, el apoyo del primero al proyecto del Instituto Islámico en Madrid, la asistencia del regente de Siam a la recepción del 18 de julio en la Legación española en Bangkok, el establecimiento de relaciones con Indonesia, el arreglo comercial con Haití y las negociaciones con Pakistán, el intercambio de condecoraciones entre Liberia y España, la visita a Madrid de innumerables personalidades (como José Avelino y Federico Lovina) y de estudiantes filipinos, e incluso la presencia en el Norte de España de los Delegados indochinos en la Conferencia de Pau.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES